



FLORINDA

CANTO PRIMERO

EL BANQUETE Y LA PRISION

I

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luégo entre tomillos y espadañas,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III

Era el alcázar de Florinda: había
Una cena magnífica dispuesta,
Para pasar hasta la luz del día
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salon, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que ¡oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;
Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron:
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza tambien en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia, descendiente de Alarico;
Gala, Eduvigis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistia
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala habia
Disfrutando el festin y el regio plato,
Un incógnito entróse, á quien cubria
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinto y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Álzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos, oh señores,
Por el rey, por Florinda y sus amores.»

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decia,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecia;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademan y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
En pié se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
«Oh Dios! exclama, oh Dios! qué estais brindando?
Sangre llena esta copa, sangre, y miro
Sangre doquiera que la vista giro.»

XVII

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba...
Varones, deseched el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del rey, ronco gritando:
«Teme, tirano, la celeste ira
»Que mi brazo terrible está animando.»
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora, fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el monarca airado y mudo;
Tiembla Don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo;
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde Don Julian están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido Oriente,
Inculto soledad de escombros llena,
De ruinas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol donde apenas
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves:

XXIV

Y destructoras hiedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores;
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosaicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que más que el mármol el metal es fuerte)
Y en él hiedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
Sólo se mira libre de su estrago
El conde Don Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda,
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Día se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza; despechado gime,
Y tiempos esperando más propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Sólo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazón le advierte!...
¡Padre infeliz!... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonor, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí más pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivía,
Y de la corte ni aun hablar oía.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas también, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin juicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como ¡simplecilla! no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por más que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol más altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por más que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la hiedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno lo cercan, cedén de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demás, perece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Sólo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

¡Ay! ¡cayó al fin!... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa base persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humildé tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avvicina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raíz, las piedras angulares
Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
El torreón, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre ¡desdichado!... Pronto aviso
Le dió don Opas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó ¡infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía),
Al despuntar la luz del nuevo día.

XLIV

«Yo lo ví, yo lo ví: ¡destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido.
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos... ¡Cielos!... ¿Y aún respira?...
¿Y yo no estoy vengado?... ¡Oh negra ira!

XLV

»Día de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que ví la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?...
¡Oh Dios! ¿por qué mi brazo más certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que teneis hijas hermosas.
¿No me escuchais, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII

»No será, que en el alma aún tengo brio
Para librarme del destino horrendo.»—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal, que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Líbrame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazon, tajante acero.»—
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta,
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Sólo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La accion suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mio:
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso rio
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII

Hácia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Virgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad que á consolarlo viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrisono alarido,
Que conmoviera el torreón alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hacia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente,
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonor vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»—

LXI

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamaros, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»—
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero,»
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

«Señor, la jóven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,
Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta oscura
Prision salid, salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre... es padre al fin... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya más no pudo el desdichado conde,
No pudo más; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;
Que el corazón más duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, «sí, dice, sí, aún puedes, hija mía,
Lavar tu honor, mi bendición ganarte,
Enmendar el baldón á que á la impía
Suerte plugo indignada condenarte;
Y de tu madre... ¡oh Dios!... la sombra fría,
Que miro cuál te sigue á toda parte,
Pronta, ¡qué horror! á maldecirte airada,
Tener reposo y paz, verse aplacada.

LXVII

«Álzate, jura por el cielo santo,
Jura ante el Dios terrible y justiciero,
Ejecutar al punto, al punto, cuanto
De tí exigir por desagravio quiero:
¿Lo juras?...»—Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y «¿lo juras, infelice?
¿Lo juras?» otra vez el padre dice.

LXVIII

Entonces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, «padre, lo juro,»
Prorumpie; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro.
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazón deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida.»

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazón hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frío,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?..»

LXXII

«¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
¿Te gozarás en mi suplicio infame?...
O la suya, ó mi muerte: no hay más treguas:
O mi sangre, ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué Furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!... si padre es bien te llame.
¡Qué horror!... ¿yo asesinar á mi Rodrigo?»
«¡Tuyo!!! el padre gritó, yo te maldigo.»

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega Don Opas sin aliento.
De su sañudo brazo se apodera,
Y, «salvaos, exclama, de la muerte,
Venid, oh conde, aprovechad la suerte.»

LXXIV

Empero el arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, «¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?» prorumpie horrorizado.
Y gime Don Julian, y dice fiero:
«Mi maldición ha sido, no mi acero.»

